

Joan Fuster
EL ASUNTO DE *BEARN*

Al parecer, Baltasar Porcel ha tirado de la manta, y se ha producido una pequeña – e interesada– marea de comentarios acerca del particular. La versión original de la novela *Bearn*, de Llorenç Villalonga, sería en castellano y no en catalán. Personalmente, yo nunca tuve ninguna duda al respecto. Y no sólo porque la primera edición del libro – y su primera redacción– se publicasen, efectivamente, en castellano. La gente de mi edad, en provincias, solíamos leer *El Español* de don Juan Aparicio, y no se nos pasó por alto, en su día, la *Autobiografía* del otro Villalonga, el hermano militar y catalanófobo. Con el precedente sarcástico de *Mort de dama*, y con lo que ocurría por aquellos años en la España de Franco, una «conversión» lingüística de Llorenç Villalonga, habría resultado inexplicable. Y no hay «conversiones» –ni lingüísticas ni de las otras– instantáneas. Lo que cuentan de san Pablo y el camino de Damasco no pasa de ser «historia sagrada», y es preferible dejarlo de lado. No, en efecto. Los Villalonga, ni siquiera Llorenç, no «encajaban» por entonces en la perspectiva de escribir en catalán.

Lo curioso, sin embargo, es lo acontecido con aquel *Bearn* en castellano: el escaso número de ventas y la total indiferencia de la crítica contemporánea. Confieso desconocer el primer texto, y no sabría afirmar ahora si es idéntico a su homólogo catalán, ni si, al trasladarlo el autor a su vernáculo, introdujo pocas o muchas modificaciones que lo mejoraran o no. Nadie negará que *Bearn* es una buena novela. ¿Por qué, pues, la acogida, o la no acogida, realmente despectiva, que tuvo? *Miss Giacomini* y alguna otra narración de Miguel Villalonga –no recuerdo si se titulaba *El tonto indiscreto*– quizá tampoco se ganaron gran cantidad de compradores, pero sí fueron considerablemente «aireadas», y con elogios quizá desproporcionados, por los comentaristas del momento. Son, las de Miguel, unas novelas divertidas, enteramente «villalonguescas» –proceden de la misma cantera temática–, aunque no mejores que *Bearn*, ni mucho menos. Y repito: lo que intriga, a estas alturas, y recapitulando el episodio, es el fracaso absoluto del relato de Llorenç.

Y me resisto a creer que «nuestro» Villalonga se decidiese a incorporarse al catalán por despecho de su fracaso en castellano. Le traté poco: un par de visitas, si no recuerdo mal, y una docena de cartas –en catalán, por supuesto– no significan nada. Pero saqué la conclusión, desde el primer día, que el salto del castellano al catalán no lo había dado Llorenç Villalonga por resentimiento. Ni por la esperanza de obtener más beneficios en concepto de derechos de autor: el mercado catalán, hoy todavía modesto, en aquellos días era una mera fantasmagoría voluntarista. Ni siquiera alcanzo a imaginarme que lo hizo porque esperase de la prensa y de los cenáculos marginales unos elogios desaforados, fatalmente reducidos los impresos y reticentes los orales. Me temo que en los círculos literarios del Principado, donde apenas, nadie tenía una idea clara –más bien «turbia»– del individuo, las expectativas de un Villalonga en catalán no suscitaron, de entrada, grandes entusiasmos. No los podía suscitar, por lo menos. Tuvo

que mediar alguna «otra razón». Porcel, amigo de Villalonga, tal vez pueda dar alguna información esclarecedora. El «Dhey» de *Mort de dama* no pasa a ser el Villalonga del *Bearn* catalanizado de la noche a la mañana.

Sospechoso que la anécdota es espesa y contradictoria. Los dos Villalonga se burlaron despiadadamente, y quizá merecidamente, de la acumulación retórica local en catalán, con sus almendros floridos, su Aina Cohen (y ya es sugerente el antisemitismo que comporta la caricatura de este personaje), sus clérigos, su herencia clasicista. No dudo que compartieran, ambos hermanos, la opinión general sobre la literatura catalana que Miguel expone en su *Autobiografía*. Miguel Villalonga se veía obligado, a regañadientes, e irritado, a reconocer la excelencia de unas páginas en prosa de Salvador Espriu. Su rabia patriótico-castrense no daba más de sí. Llorenç, sin tales prejuicios, probablemente tuvo la oportunidad de «reconsiderar» unas cuantas cosas básicas, sobre todo cuando, a la larga, se le desinfló el esnobismo juvenil y se arrepintió de las estupideces falangistoides que asumió durante la guerra de España y los años siguientes. Por otra parte, a diferencia de su hermano, Llorenç Villalonga da la impresión de haber sido, no sólo más «afrancesado» –que lo fue–, sino también menos sensible a las fascinaciones madrileñas, precisamente por ese afrancesamiento. No sé hasta qué punto el ejemplo magnífico e inflexible de su amigo Espriu pudo contribuir a su maduración.

Y el caso es que, cuando alguien le tentó a reescribir *Bearn* en catalán, Llorenç Villalonga lo hizo. En catalán, el libro encontró lectores y alabanzas. Y *Bearn*, remozada, pasó a ser una novela catalana. Baltasar Porcel sabe tan bien como yo que, los forzosamente bilingües, hacemos «trasvases» idiomáticos con nuestros papeles, cada cual por sus motivos. Nunca he creído que por ello hayamos de «justificarnos» ante un eventual «purista». «Más cornás da el hambre», decía el torero. Y el purista quisquilloso, en general –habrá excelsas excepciones–, nunca ha tenido inconveniente en recurrir al castellano para redactar una instancia al Registro de la Propiedad, para publicar un anuncio de sus manufacturas o para dar clases en un colegio de pago. Dejemos esto. Pero Villalonga, como Porcel, y como yo, si alguien los llega a recordar dentro de cincuenta años, y ya es mucho, será en tanto que «escritores catalanes», y sólo como eso.

Que Villalonga, después de *Bearn*, ya escribió sistemáticamente en catalán, y se veía a sí mismo como escritor catalán, no creo que pueda discutirse. Y lo de menos es que, para atender a la nueva –inesperada– clientela atenta «rehiciese» algún otro manuscrito inicialmente salido en castellano de su pluma «preconversa». Esto ya son detalles para futuras tesis doctorales. Y Dios quiera que no los tergiversen. Otro problema es el de cómo las cuartillas de Llorenç Villalonga llegaban a la imprenta: los filtros gramaticales, ideológicos o sencillamente literarios por los que tuvieron que pasar. Una vez me comentó cáusticamente que su editor le había trastocado el oficio de uno de sus personajes, y de cura lo convirtió en guardia civil. O algo semejante. Que ello sea cierto o no –insisto– las tesis doctorales se encargarán de precisarlo, y, si algún heredero ha conservado su correspondencia, habrá documentos al canto. Estas cosas, además de que acaban por saberse, y que revelarán ciertos mecanismos escondidos de nuestra literatura –pensemos en el embrollo Maragall-Prat de la Riba que exhumó Josep

Benet—, encantarán a los estudiosos de pasado mañana.

En todo caso, y dadas las circunstancias, si el *Bearn* primitivo fue repudiado en castellano, y su autor lo remanipuló para ofrecerlo en catalán, la novela será, en última instancia, una novela catalana. Y no hay que darle vueltas. Malas lenguas, secretas, aseguran que una parte de la obra del paralítico Miguel la escribió Llorenç. Puede que sí y puede que no: «ai posteri l'ardua sentença». Son tiquismiquis provincianos de un interés muy relativo. En realidad, el problema de los Villalonga —estrictamente insular— es el de Miguel, especie de verruga incómoda y fea, a pesar de los esfuerzos de Juan Aparicio, *El Español*, su «Estafeta literaria» y todo lo demás, siempre quedará «descentrado» en los manuales de historia de la literatura española, en el caso de que tenga cabida en ellos. Como le habría pasado al «Dhey» castellano. Y como le pasa a don Joan Maragall, que, en volumen, escribió más en castellano que en catalán —igual que Porcel, igual que yo, «aimé!» (o «hélas!»), si ustedes lo prefieren), y hasta diría que mi admirado y querido Josep Pla—: que ese no sea el «drama», pues drama es, de Calders, de Espriu, de Pedrolo o de Triadú, es otra cuestión. Porcel y yo —y más— somos bilingües, ¿y qué?

Como no importa que lo fuese Llorenç Villalonga. Villalonga, al final, fue tan monolingüe catalán como el que más. Y contra esta evidencia, ni Baltasar Porcel ni nadie podrá levantar la voz, me parece. Supongo que Villalonga escribía un catalán que el doctor Aramon i Serra, secretario perpetuo («ai!», y no digo «aimé!» ni «hélas!»: en todo caso, «ai las!») del Institut d'Estudis Catalans, calificaría de deficiente. Yo, que soy el último aramonista que le queda al señor Aramon, estoy de acuerdo. Pero el catalán de Llorenç Vilalonga era un buen catalán, dentro de lo que cabe: yo, como periférico, considero que el catalán insular de Villalonga es excelente, y ya lo querría para mí. Quizá «Dhey», cuando jugaba al golf, o tomaba un coctel con turistas y «botifarres», y escribía para revistas suntuariamente provinciales, descubrió que su castellano era infame. No sé si Baltasar Porcel será capaz de calificarlo: el castellano hablado por Porcel es horrible; un poco más que el mío, que ya es decir. El señor Villalonga ¿descubrió un día que era un tipo «ridículo» si no volvía al mallorquín, a su catalán...? No sé. Son cosas a discutir. Y no seré yo quien lo discuta. Me parece que perdemos el tiempo en bobadas. «Son galgos o podencos?»

Y dentro de cien años, o menos, todos calvos: puras calaveras, Porcel y yo, y Castellet y Molas, y los del «Mall» y los de los «Quaderns Crema», y la confitería falsamente vanguardista de Sarrià, y *Dau al set* ya vejestoriamente disperso, y... El doctor Molas acaba de fabricar un magnífico libro sobre el vanguardismo catalán, incluyendo los territorios adyacentes. ¡Oh, no, Dios mío! ¿Cómo, hoy, en el bolígrafo estreñado del doctor Molas, podría escribirse «Països Catalans»? Ni pensarlo. Pone «terres catalanes», o algo así, y se queda tan pancho. La estupidez es contagiosa. Y si el doctor Molas se dedica a cultivar la tontería más primaria, y Baltasar Porcel tiende a una boba autodefensa de su bilingüismo a través de Llorenç Villalonga, y lo que finalmente salta a la vista es que «quien esté libre de pecado que lance la primera piedra», el saldo será lo que ha de ser: una situación cultural ambigua, con una lengua interferida. Y lo absurdo es que a esa lengua nos hemos aplicado todos: Llorenç

Villalonga, y Castellet, y Porcel, y Molas, y el doctor Aramon, y el nunca surrealista Foix, y Brossa, y Andrés Estellés, y Martí Pol, y, desde luego, Espriu, y Pere Quart, y Pedroló, y Calders, y la Maria Aurèlia Capmany, y la Montserrat Roig, y lo que venga, que vendrá. Cuando el señor Cruzet había publicado cinco o seis volúmenes de «Obras completas», en la serie insigne, Joan Estelrich ejerciendo el pirotécnico como siempre, lanzó esta frase: «¿Y esto qué es? ¡Una literatura!». Y es lo que es. Una determinada literatura a la cual se sumó Llorenç Villalonga.

[*La Vanguardia*, 5 abril 1983, p. 5]